

Al terminar su conferencia de prensa en Torremolinos—final del IV Congreso del Partido Socialista Popular—, Tierno distinguió entre alternativa de Gobierno, de poder y de sistema. La izquierda se mueve por el objetivo—"motor utópico" decimos en la tradición pesepera—de un cambio de sistema. Así se motiva toda la izquierda que merezca este nombre y en cualquier tiempo y lugar. Pero la cuestión que divide a la izquierda, que sume a sus hombres en reflexión, que abruma a sus intelectuales, a veces, en la perplexidad es: ¿una alternativa de Gobierno embota el filo de la izquierda, dificultando la profundización que exige la alternativa de poder? ¿la participación en el Gobierno y el control solamente parcial del poder social y económico impiden definitivamente la alternativa de sistema? Estos dilemas son más agudos, es claro, en los intelectuales que en los trabajadores y que en las clases medias, cuyos componentes cada día se acercan más psicológicamente, debido al doble fenómeno de la elevación cultural y económica del proletariado y a la desburguesación de las clases medias y de las nuevas profesiones. Desde la perspectiva de estas interrogantes, en el Congreso de Torremolinos una delegación planteó una cuestión que merecía mayor análisis. Traté yo, dentro de los límites de tiempo y clima del Congreso, de dar respuesta; breve y escueta, es cierto. Los compañeros de Aragón—en cuya intervención sobraron expresiones desabridas y acusaciones injustas, que perjudicaron su argumentación—quisieron, tal vez, expresar lo siguiente: si una fracción del socialismo, con organización mínimamente suficiente y prestigio bastante, se mantuviera en una posición testimonial o cuasitestimonial, dadas ciertas circunstancias, se convertiría en el eje de un Gobierno de concentración que—solamente él—podría acometer reformas profundas, alterando los equilibrios y abriendo el camino al socialismo. Por el contrario, la fusión de los socialistas en una sola formación hará perder elasticidad a la izquierda. El socialismo se inscribirá—sin posibilidad de corrección—en la tendencia al bipartidismo imperfecto y constituirá algo así como la leal oposición de la derecha, que gobernará en estas circunstancias por mucho tiempo, pues el sistema tendrá la dinámica y la estabilidad necesarias para la conservación de los intereses en presencia. En todo caso, según el pensamiento, no expresado explícitamente, de estos compañeros, la izquierda socialista iría minuetizándose del ambiente grisáceo de un capitalismo que puede pagar tributos bien contados a la reforma. O aún peor, llegar al Gobierno en un compromiso explícito—coalición con el centro—o implícito—Gobierno por sí mismo, pero dentro de los límites que permite el sistema capitalista.

En realidad, los compañeros de Aragón expusieron su argumento con detalle. Pero, durante el tiempo que medió entre su intervención y mi breve respuesta, anduve meditando en lo que hubiesen podido decir y en lo que se podría responder. No polémicamente para ganar una votación, sino en lo que tenemos que preguntarnos en el proceso que se indica.

La idea del Gobierno de concentración es el sustituto de un Gobierno provisional a la salida de la dictadura. Como tal sustituto inmediato, yo he defendido esa idea en debate pú-

blico. El vicio esencial de la situación en que nos encontramos es que ha terminado de hecho una situación puramente autocrática sin que se haya producido una ruptura explícita. La ruptura hubiese tenido un efecto catárstico y hubiese convertido un procedimiento formalmente democrático—elecciones—en unos contenidos culturalmente democráticos. Un conservador inteligente me decía hace pocas días que la diferencia entre él y yo mismo residía en que para él la democracia no era sino un medio técnico de establecer la representación, mientras que para mí, él suponía, la democracia hacía además referencia a los contenidos. Así es, en efecto. Un Gobierno provisional hubiese estado legitimado por la provisionalidad inherente y por ser garantía durante la misma del proceso constituyente. Este Gobierno o hubiese estado formado por los poderes fácticos, con representación de las fuerzas

LA ALTERNATIVA DE IZQUIERDAS Y LA UNIDAD DE LOS SOCIALISTAS

(Diálogo con los compañeros de la Federación de Aragón del PSP)

FERNANDO MORAN

políticas, o hubiese sido un Gobierno de concentración de éstas, toleradas y tuteladas por los poderes fácticos. No ha ocurrido así. El contexto interno y el internacional han promocionado otro tipo de operación que es ocioso describir, destinada a establecer una democracia formal, sin que se alteren demasiado los soportes sociales, económicos y sobre todo culturales—convenciones, sentimientos, temores, tabúes—en que se asentaba la dictadura.

En estas circunstancias, ¿qué sentido y alcance tendría hoy un Gobierno de concentración? Si se produjese un hecho decisivo—la crisis económica sin correctivos, una tensión internacional grave, la amenaza sería para las últimas instituciones, un deterioro radical del orden público—, el Gobierno de concentración en esta situación de amalgama entre reforma y conservación de lo anterior y semirruptura sería conveniente y casi inevitable. Como se ve, se trata de supuestos catastrofistas. Nada abona pensar que nos acerquemos a una catástrofe interna o a una gran tensión internacional irremediable. La clase política responde por ahora a la opinión general que prefiere remiendos, insatisfactorios muchas veces, a plantear la crisis con radicalidad. Es cierto que este pactismo, ya excesivo, va produciendo desánimo y puede conducir a un cinismo político.

Si esto es así, un Gobierno de concentración antes de que una consulta electoral dibuje otro mapa político seguirá siendo un Gobierno pactista, entre el residuo del pasado y el tributo que se ha de pagar al deseo democrático. Sobre esta base, el Gobierno de concentración estaría dominado psicológica y socialmente por la derecha y por los reflejos de la mentalidad de derechas. La participación de fuerzas de izquierdas sería la caución de una situación de poder de la derecha. La derecha correría—si los poderes fácticos se lo permitiesen—para dicha caución a los partidos de izquierdas menos numerosos, porque en otro caso el

equilibrio se rompería a la larga en su perjuicio y porque los grandes partidos de izquierdas podrían optar por mantenerse en la oposición. En definitiva, este tipo de solución sería un recurso de la derecha acosada y prestaría a los pequeños partidos de izquierdas el prestigio, tal vez efímero, del poder gubernamental compartido. De Gaulle tuvo interés en 1944 en introducir a los comunistas en el Gobierno de donde los sacó Jules Moch en 1947, para no volver hasta hoy. Los compañeros de Aragón no desean, sin duda, un destino semejante para un PSP que no se hubiese fusionado.

Otros dos supuestos son el de un Gobierno de coalición entre el centro y una izquierda con mayor representación e implantación, antes de unas nuevas elecciones o un Gobierno del mismo tipo después de unas elecciones que no arrojasen una mayoría clara. Y una tercera hipótesis: un Gobierno de izquierdas si el electorado le concede una mayoría suficiente.

Todos estos supuestos y opciones implican sus riesgos. En concreto, el del fracaso en la gestión por exceso de prisa en la reforma de estructuras y el de la desilusión del pueblo si se cae en la parálisis de la demasiada prudencia y en el excesivo pragmatismo. Pero estos riesgos y el temor a perder la virginidad política no deben paralizarnos. Cualquier solución que impongan las circunstancias y la responsabilidad exigen una izquierda muy fuerte numéricamente y clara en sus horizontes. En las circunstancias europeas—y teniendo en cuenta los resultados del 15 de junio pasado—, esta fuerza de izquierdas fuerte tiene como factor principal al PSOE. El socialismo será la fuerza predominante en la izquierda por bastante tiempo si lo hace medianamente bien y por mucho tiempo si acierta con su camino.

El hostigamiento de este partido desde grupos socialistas que se colocasen—por la mecánica de la oposición inicial de hostilidad— a una izquierda cada vez más acusada les conduciría a la inoperancia testimonial o podría producir un corrimiento del socialismo hacia posiciones centristas, causando que la fuerza de la izquierda con posibilidades de alternativa de poder—no ya de sistema—se contentase con ser alternativa de Gobierno o Gobierno en acuerdo con las fuerzas de la derecha. El socialismo, como en tantos países europeos, sería mera pieza de recambio para formar Gobiernos gestores del sistema.

El dilema y la responsabilidad del socialismo reside en no perder su capacidad ética, que está unida a su posibilidad de cambiar la sociedad, y en que, al mismo tiempo, las circunstancias pueden llevarle al umbral de la gobernación del Estado.

La gran responsabilidad está en que el hombre común exige que no pierda su horizonte de cambio profundo de la sociedad y al mismo tiempo que no eluda dirigir el país para defender los intereses concretos, cotidianos, domésticos diríamos, de ese hombre común. Para ello no debe, es claro, cortarse de la izquierda más radical y que opera en otro plano, el del testimonio, la crítica, la función que Sócrates se atribuía a sí mismo: ser agujón, tábano para los atenienses.

Los compañeros de Aragón a los que respondí sin poder hacerlo a mi gusto y los otros compañeros comunistas irán comprendiendo que la coordinación de la izquierda no se entorpece con el fortalecimiento del partido socialista que nace de la fusión de PSP en el PSOE, sino que, por el contrario, esta fusión es jalón en el camino de todos. ■